DÍA 28

COMUNIÓN PARA LA MISIÓN

Nuestra preparación

El esfuerzo personal por otros debe estar precedido por mucha oración secreta; pues se requiere gran sabiduría para comprender la ciencia de salvar almas. Antes de comunicarte con los hombres, comunica con Cristo. En el trono de la gracia celestial obtén una preparación para ministrar al pueblo.

Diariamente asediado por la tentación, constantemente opuesto por los líderes del pueblo, Cristo sabía que debía fortalecer Su humanidad mediante la oración. Para poder ser una bendición para los hombres, debía comunicarse con Dios, suplicando energía, perseverancia y firmeza. Así mostró a Sus discípulos dónde radicaba Su fuerza. Sin esta comunión diaria con Dios, ningún ser humano puede ganar poder para el servicio. Solo Cristo puede dirigir los pensamientos correctamente. Solo Él puede dar aspiraciones nobles y formar el carácter según la semejanza divina. Si nos acercamos a Él en oración ferviente, Él llenará nuestros corazones con propósitos elevados y santos, y con profundos anhelos de pureza y justicia. Los peligros que se espesan a nuestro alrededor exigen de aquellos que tienen experiencia en las cosas de Dios una supervisión vigilante. Los que andan humildemente ante Dios, desconfiando de su propia sabiduría, reconocerán su peligro y conocerán el cuidado protector de Dios.

Un principio de origen divino debe impregnar nuestra conducta y unirnos a Dios. Esto no será de ninguna manera un obstáculo para el estudio de la verdadera ciencia. «El temor de

Jehová es el principio de la sabiduría» (Proverbios 9:10); y el hombre que consiente ser moldeado y formado según la semejanza divina es la obra más noble de Dios. Todos los que viven en comunión con el Creador tendrán comprensión de Su designio en su creación. Tendrán un sentido de su propia responsabilidad ante Dios de emplear sus facultades para el mejor propósito posible. No buscarán ni glorificarse ni menospreciarse a sí mismos. . . .

Si estáis en comunión diaria con Dios, aprenderéis a estimar a los hombres según Su estimación, y las obligaciones que descansan sobre vosotros de bendecir a la humanidad sufriente encontrarán una respuesta dispuesta. No sois vuestros; vuestro Señor tiene derechos sagrados sobre vuestros afectos supremos y los más altos servicios de vuestra vida. Él tiene derecho a usaros, en vuestro cuerpo y en vuestro

espíritu, hasta el pleno alcance de vuestras capacidades, para Su propia honra y gloria. Cualesquiera cruces que se os requiera llevar, cualesquiera labores o sufrimientos que se os impongan por Su mano, debéis aceptarlos sin murmurar.

Aquellos por quienes trabajáis son vuestros hermanos en la angustia, sufriendo de trastornos físicos y de la lepra espiritual del pecado. Si sois algo mejor que ellos, ello debe ser acreditado a la cruz de Cristo. Muchos están sin Dios y sin esperanza en el mundo. Son culpables, corruptos y degradados, esclavizados por los artificios de Satanás. Sin embargo, estos son aquellos a quienes Cristo vino del cielo a redimir. Son sujetos de la más tierna piedad, simpatía e incansable esfuerzo; pues están al borde de la ruina. Sufren de deseos no satisfechos, pasiones desordenadas y la condenación de sus propias conciencias; son miserables en todo sentido de la palabra, pues están perdiendo su agarre sobre esta vida y no tienen perspectiva para la vida venidera.

Palabras de Vida del Gran Maestro 149, Consejos para Padres, Maestros y Estudiantes 323, 364-365, Testimonios para la Iglesia 4:568